

cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daría por satisfecho con que no renovarais todos los días sus llagas, con que no atravesarais su costado despues de haberle muerto, como el bárbaro sayon hizo con su lanza: nada me importaría que no llorarais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no ménos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que él mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalem: *no lloréis, dice, por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda á vosotros? Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza! Ay de nosotros, infelices pecadores, si llega á caer sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos esta sangre preciosísima, que los bárbaros judíos llamaron sobre sí en los momentos mas terribles de su furor! Con ella vendrá la mas completa venganza del eterno Padre, por la ingratitud con que correspondemos á tantos beneficios.

Pero, ó Dios de bondad! caiga, sí, caiga sobre nosotros, no para castigar nuestros delitos, sino para lavar nuestras almas, para plantear en ellas el gérmen de las virtudes, para que sepamos en algun modo agradecer el beneficio y aprovechar el fruto de vuestra pasión. Caiga, que ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazón: Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amáis, os amo con todo mi corazón, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aún ejecutado vuestra muerte con mis culpas. Ojalá hubiera muerto yo mil veces ántes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver á pecar, no volver á ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvádme por vuestra pasión, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacédmme participante de vuestros méritos, para que lo sea también de vuestros premios eternos. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLO JESUS EN LA CRUZ.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.

De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos días nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

S. Pablo á los hebreos, c. 1. v. 1 y 2.

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba los aires arriba, cuando abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando componía todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamas de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irra-

cionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos, siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacia inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenia dicho: *no me verá el hombre viviendo*; (1) y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinaí.

Hoy, cristianos, nos da la prueba mas grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesus, patente y descubierto á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cátedra de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oír; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvacion, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado en mas de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo mas importante para la vida cristiana, todo lo mas dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan inmensa, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, señores, será en el día del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazon á su influjo benéfico y salvador, la sentencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos pues á oír cómo habla nuestro amante Jesus, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Alcemos con piadoso y humilde corazon nuestra vista á ese augusto trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus piés

(1) *Exod. c. 33. v. 20.*

no dejemos de registrar á esa purísima criatura, á la Virgen madre, que tambien agoniza de pena con su Hijo divino. Digamos á Jesus con su discípulo: *Señor, tienes palabras de vida eterna* (1), *¿á quién pues iremos sino á ti para aprender?* A ti, ó buen Jesus, estamos ya rendidos: *hablad, Señor, que vuestros siervos dócil y humildemente os escuchan* (2). Y tú Virgen desconsolada, alcánzanos la gracia de la docilidad á todos, y de la unción santa á mí, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen como les conviene, de las luminosas lecciones de Jesus: te lo pedimos todos y te saludamos para ello con devoción y confianza. *Ave Maria.*

PRIMERA PALABRA.

Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.
Padre, perdónalos, que ignoran lo que hacen.

S. Lucas, c. 23. v. 34.

Cristianos, el mansísimo cordero Jesus, conducido á ser víctima sin abrir su divina boca para lamentarse de tantos tormentos y ultrajes, y de muerte tan acerba y dolorosa, al fin, próximo á espirar, la desata solo para dirigirse á su eterno Padre, demandando, no justicia, castigos ni venganza contra sus fieros verdugos, sino indulgencia y perdon. ¡Lección sublime, jamás oída ni esperada en toda la sucesión de los siglos. Advertid, señores, que no es aquí un justo Job, que disimula á su insultante mujer y á sus imprudentes amigos las injustas reconvenciones que le hacen por su sufrimiento y virtud; que no es un Moises que pide perdon del desacato que contra Dios comete el pueblo, y esto despues de haber desfogado su cólera; ni es un David que encarga la custodia de Absalon rebelde, al paso que destaca un ejército contra él: es Jesus, el Hombre-Dios; es el mismo que recibe los ultrajes, que sufre las

(1) *Joann. c. 6. v. 69.* (2) *I. Reg. c. 3. v. 9.*

penas, que arrostra los dolores y la muerte, con resignacion y paciencia infinitamente mayor que la de todos los afligidos, que todos los desgraciados y que todos los mártires de los pasados y venideros siglos. No forma argumentos y discursos para convencer la injusticia é indiscrecion; no saca la espada vengadora y busca parciales que le ayuden á derramar la sangre de los idólatras; no dispone tropas ni ejércitos que exterminen y anonaden á sus contrarios, aunque pudiera rogar á su Padre, que le enviase mas de doce legiones de ángeles. Ruega sí á su Padre, pero es por el perdon de aquellos mismos que le crucifican; y las razones de que se vale, y los medios de que echa mano y las armas en que se apoya, son la ignorancia de sus mismos enemigos, que le sirven de argumento para excusarlos: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

Ellos, aunque debieran conocerme, al fin es cierto que no me conocen; aunque tienen sobrados motivos para saber que yo soy el verdadero Mesías, su bienhechor, su salvador y su Dios; pero es seguro que todo lo han olvidado, de todo se han desentendido, porque mi rival y enemigo está ciego, y tambien á ellos los ha cegado, y así *no saben lo que se hacen.* « Es cierto, cristianos, dice san Agustin, que no lo sabian; si hubieran conocido á su Dios, nunca le hubieran crucificado. » Y tambien lo es, añade este santo Padre, que el demonio se engañó, creyendo que obtenia un gran triunfo, atizando contra Jesus la cólera de los judíos, cuando por este medio servia sin saberlo á las altas miras de la redencion, que le disminuían considerablemente el imperio sobre todos los redimidos.

Con estas razones, ese buen Jesus, esfuerza su voz penetrante, poderosa y divina, muda y silenciosa hasta entónces, para pedir por ellos indulto y perdon á su eterno Padre: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Leccion sublime y divina, repito; leccion importante y necesaria para nosotros, cristianos; leccion que el mundo no conoce, ni aprende, ni quiere nunca practicar. En vez de buscar razones, pretextos y motivos para disminuir y salvar la culpabilidad de los que injurian y dañan, es moneda corriente la de inventar sutilezas, fingir razones y soñar circunstancias para agravar, engrandecer y dar importancia á las culpas ajenas, acaso imaginarias. Pues sabéd, hermanos míos, que las costumbres y prácticas del mundo son enemigas de Dios; que en cien lugares de la divi-

na ley se nos encarga, se nos recomienda y manda expresamente el perdon de los enemigos, el disimulo de las injurias, el indulto de los agravios. *No perdona Dios al que á otro no perdona,* dice el Catecismo: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,* decimos cada dia al rezar el Padre nuestro. Ahí está la sentencia pronunciada por nuestros mismos labios: si no perdonamos á los que nos dañan, perjudican y ofenden, nosotros mismos pedimos al Señor que no nos perdone.

Esta celestial doctrina, que es lo mas grande y excelso de la Religion cristiana, fué la primera que Jesus nos enseñó con su ejemplo en la cruz. Pero no solo perdonar y excusar á los enemigos; sino hacerles bien y pedir á Dios por ellos, es lo que se nos manda; porque así lo practicó Jesus nuestro maestro y nuestro salvador: *Padre, perdónalos!* Por grandes que sean los agravios que nos hagan, por irreparables las injusticias que en perjuicio nuestro cometan, por dolorosos los padecimientos que nos hagan sufrir, por inmensos los daños, injurias y males que nos irroguen, ¿ llegarán á crucificarnos? Y si llegasen, ¿ qué mayor gloria para nosotros que la de imitar á Jesucristo? Pero atendéd: esos mismos que os dañan, perjudican y persiguen, ¿ lo harian, si supiesen y estuvieran convencidos de que obran mal, y de que el mal se lo hacen á sí mismos? Creo que no; luego hay la misma razon siempre, que tuvo Jesus para perdonarlos y pedir por ellos; la ignorancia: *perdónalos, porque no saben lo que se hacen,* debemos repetir, cuando nos veamos perseguidos y agraviados.

Ea ya, hombres vengativos, iracundos, soberbios, perdonád á vuestros enemigos, á los que os hacen daño, porque Jesus los perdona y pide por ellos: tambien pide por vosotros, que le ofendéis y crucificáis, cuando ofendéis á vuestros hermanos, ó cuando no los perdonáis. Esta es la primera palabra que habla Jesus en la cruz, y la primera que debemos aprender. No quede ya ninguno en este templo, en mi auditorio, que no se abraze con su enemigo, que no lo perdone de corazon, y que no pida á Dios por él. El que no esté dispuesto á hacerlo sinceramente y con verdad, huya de aquí, sálgase de la iglesia, destiérrese del gremio de la Religion, porque para él no hay redencion: lo oís?

No mi buen Jesus! todos perdonamos ya á los que nos han

ofendido para que tú nos perdones; todos repetimos de lo íntimo de nuestra alma, verdaderamente arrepentidos y reconciliados: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.*

SEGUNDA PALABRA.

Hodie mecum eris in paradiso.

Hoy estarás conmigo en el paraíso.

S. Lucas, c. 23. v. 43.

Jesucristo sufrió entre sus ignominias y afrentas, la de ser crucificado entre dos facinerosos ladrones: uno de ellos, convencido de la injusticia con que los judíos daban la muerte á Jesus, cuya divinidad é inocencia llegó á conocer en aquella hora suprema, por gracia y misericordia del mismo Señor, le pidió perdon y el don de la salvacion en estos términos: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino.* Jesus, conociendo su fe y su arrepentimiento, en consecuencia práctica y en prueba demostrativa y evidente de la sublime doctrina que ya habia enseñado, por su primera palabra; le consoló, le perdonó y dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y esta fué la segunda que habló en la cruz.

Observemos, cristianos, los medios rápidos, pero indispensables, por donde el buen ladrón llegó tan lijera y repentinamente á ganar y obtener su justificacion y salvacion; observemos la infinita misericordia del Señor, y aprendamos á imitar al desgraciado y á no desconfiar jamas de la bondad y clemencia de nuestro gran Dios.

El ladrón estaba oyendo las injurias y blasfemias que vomitaban contra Jesus las fieras lenguas de sus implacables enemigos. Oyó tambien, con dolor y extrañeza, por lo que se vió despues, que su infeliz compañero imitaba á aquella chusma feroz, y que blasfemaba asimismo contra el Señor, sin considerar la triste suerte en que todos se hallaban, ni la mas triste aún y eternamente desgraciada que le iba á suceder en breve; y dirigiéndole la palabra con una sentida y enérgica reconven-

cion, le dijo (1): *ni tú tampoco temes á Dios, porque sufres la misma pena; pero nosotros con justicia, pues que recibimos el condigno castigo de nuestros hechos; mas este nada malo hizo.* Y en seguida le dice á Jesus: *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.* Conoció á Jesus este infeliz indudablemente; tuvo fe, y fe verdadera, y fe eficaz, porque confesó su divinidad: la publicó y la defendió con valor y energía. Conoció tambien sus delitos, y tambien los confesó con dolor y arrepentimiento; pidió perdon y lo obtuvo; porque ¿qué otra cosa que una fe ardiente, efficacísima de la divinidad de Jesucristo, son esas palabras: *ni tú temes á Dios en cuya pena, esto es, en lo que sufre Dios, estás complicado?* ¿Qué otra cosa que confesion y arrepentimiento significan las otras: *nosotros sufrimos el condigno castigo de nuestros hechos, y con justicia?* ¿Y qué sino amor grande, encendido para con Dios, demuestra la defensa que hace de Jesus, la publicacion de su inocencia y la súplica del perdon? ¿Qué fe, qué amor, qué arrepentimiento, qué confesion y qué confianza, señores, mas sinceras, verdaderas y saludables, que las que están lacónicamente expresadas en las últimas voces de su súplica, *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino!*

Si nosotrosuviésemos todo este cúmulo de virtudes, aunque fuese en la proximidad de la muerte, seguros podríamos estar de nuestra salvacion: seguramente oiríamos las dulcísimas y consoladoras palabras de Jesus: *hoy estarás conmigo en el paraíso.* Pero ah! no es fácil confiar en tan santas disposiciones en aquella hora tremenda, si ántes se ha vivido mal. Es verdad que el ladrón tambien fué malo, facineroso y perverso, y se salvó; pero Dios quiso por su infinita misericordia inspirarle aquellas santas disposiciones: ¿sabemos nosotros, podemos penetrar, nos atreveremos con ojo perspicaz y temerario á escudriñar en los impenetrables decretos de la sabiduría infinita, los motivos que tuvo el Señor para obrar esta conversion tan maravillosa? No.

Con todo es indudable que la obra, grande y estupenda de esta conversion, fué hija de la gracia y misericordia infinita del Señor. Conozcámosle siempre, defendamos su fe, su santidad é inocencia, invoquemos su piedad aún en la hora de la muerte;

(1) *Luc. c. 23. v. 40 y 41.*

pero arrepentidos como el ladrón, y tengamos firme confianza en su misericordia, que como él oiremos la dulce promesa y seguridad de la salvación.

TERCERA PALABRA.

Ecce filius tuus... ecce mater tua.

Hé ahí á tu hijo... hé ahí á tu madre.

S. Juan, c. 19. v. 26 y 27.

¡ Palabra de inefable consuelo para los hombres, es la tercera que pronuncia Jesus, pendiente del patíbulo ignominioso y cruel, en que le han puesto los mismos hombres! En la persona del discípulo amado nos declara por hijos adoptivos de su misma madre. Aquella Virgen purísima que habia dado á luz al Hijo de Dios encarnado, no pudiendo ya tener en la tierra presente para su gloria, alegría y consuelo al Hijo de sus entrañas, porque iba á morir por los hombres, recibe como legado suyo á los mismos hombres, con quienes ejerza el cariñoso oficio de madre, y de quienes reciba los debidos obsequios y atenciones de hijos. Encargo recíproco, que si bien nos proporciona todos los encantos y dulzuras de la Madre del Amor hermoso, tambien nos empeña á cumplir con esta Señora los altos cuidados y respetos de humildes y afectuosos hijos.

Un grande y distinguido consuelo, cristianos, es el que en esta palabra nos suministra, para la vida del mundo y para la eterna, el agonizante Jesus; pero un consuelo, que exige de nosotros obligaciones y deberes sagrados de la mas elevada importancia. ¿Por dónde, en qué títulos, con qué razones hubieran podido creer jamas los míseros hijos de Adán, los desapiadados verdugos, que con sus pecados y maldades crucificaban al Hijo de Dios, que entónces mismo, cuando le iban á sacrificar, él hubiera de subrogarles á su propia Madre? ¿Puede darse mayor prueba del amor y ternura que el Señor nos tuvo desde la eternidad? Reflexionádló bien, pecadores; la Virgen inmaculada, la criatura mas justa, mas santa y querida de Dios, su verdadera madre es ya madre nuestra: *hé ahí á tu madre.*

Pero tambien somos nosotros sus hijos: *hé ahí á tu hijo.* Pues bien; cuidado que este incomparable legado, este inmenso y rico tesoro exige un esmero y una fidelidad sin límites para su custodia. Ya verá el Señor la vigilancia y escrupulosidad con que lo guardáis; la pureza, la humildad, el respeto con que la servís; la atencion y miramiento con que la obedecéis; la prontitud y fidelidad con que ejecutáis sus mandatos: sabéd que al que mucho se le ha dado, mucho se le pedirá. Sois hijos de María, vírgen pura, santa virtuosa, en tan alto grado que con justicia se la llama *reina de las virtudes.* Pues el mejor modo de cumplir con los oficios de hijos suyos, es imitarla y esforzarse á copiar cada cual en su conducta las virtudes de esta digna madre.

Tened entendido ademas, que Jesus para eso os declara por sus hijos. Mirád bien, repito, la ocasion y circunstancias en que os comete este encargo, y el objeto por que lo hace. Va Jesus á exhalar el último aliento muy pronto, y debéis acompañar á su triste y desconsolada Madre. ¿Se engañará Jesus en la confianza que hace de vosotros? ¿Seréis ingratos á su distinguido favor?

No, buen Jesus! jamas olvidaremos tan importante encargo, nunca seremos desconocidos á tan singular beneficio. De hoy adelante nos portaremos como dignos hijos de María. Y vos, Madre afligidísima, aquí tenéis en cada uno de nosotros, un hijo adoptivo, solícito para agradaros, humilde para obedeceros y tierno para compadecer vuestras penas: *hé aquí á tu hijo.* Nuestra vida toda y todos nuestros anhelos serán el imitar vuestras virtudes, el acompañaros en vuestra orfandad y el ser tus dignos hijos. *Monstra te esse matrem:* manifiéstanos tú que eres nuestra madre con tu proteccion y amparo en todos los peligros y lances difíciles de la vida. Alcánzanos gracia, santidad y virtud, para que nosotros podamos siempre decirte dignamente: *hé aquí á tu hijo;* en el mundo y en la eternidad.